Desafío Robinson Crusoe.

Un viaje de sensaciones.

La carrera Desafío Robinson Crusoe se venía dando en mi mente ya desde varias semanas antes. La esperaba como un destino exótico y se reforzaba más su encanto místico cada vez que algún conocido me reiteraba su sana envidia de que yo podía participar.

Por algún motivo, esta vez no revisé ningún mapa previamente ni busqué el google earth ninguna foto. Algo hacía que esta carrera no era competencia, era más bien un viaje de confirmación. Venía de hacer la Tantauco Exploration Race, de luchar y perder contra la misma naturaleza que Joel había vencido 1 año antes y ahora me tocaba completar el recorrido inconcluso. Como que eso te pone en un estado receptivo, algo así como que sírvanme lo que quieran, sorpréndanme.

Y fue así, sorpresa tras sorpresa.

Empezando desde embarcar, grata sorpresa de lo bueno de las instalaciones y lo amable del personal siendo que íbamos en un buque militar. Y lo segundo, como acelera esa cosa. Como yo vivo en Concón, muchas veces veo desde el borde costero las evoluciones y peripecias de las naves de guerra cuando hacen maniobras. Se ven simpáticas y entretenidas, se ladean en las curvas, cabecean contra las olas. Pero dicen por ahí, otra cosa es con guitarra y distinto es ver desde tierra que estar a bordo. Solo bastó que el buque saliera de puerto y girara dirección weste, cuando le dan full a la máquina y partimos miéctica. 5, tal vez 10 minutos y se me acabó la compostura. Mejor irse a dormir para engañar la mente y pensar que es una cuna que te mece suavemente, a izquierda y derecha; También arriba y abajo; De cabeza y de pies, y de seguro otras tantas formas más. Ya a las 6 am estaba en el puente esperando el amanecer y soñando que ver las olas controlaría mi desesperación. Más que más, en el kayak son muy ducho en marejadas.

Terminé creyendo que soy oriental. Como vomité hasta el alma, y esa era amarilla. Pese a que el doctor me insistía que eso era bilis y que por favor comiera algo. Pero mejor que no. Para que desperdiciar buena comida en un corto paseo por el esófago “pa’lla” y esófago “pa’cá”, al tiro fuera por tener que llamar a Guajardo y Gutierrez. Y como me contaban después, no es que el buque se mueva tanto, es que en esto del mareo, como que llevo el record mundial.

Aprendí a sentirme pésimo, más mal que el peor de los males. A percartarte que existe el punto en que no vales nada de nada triple cero a la izquierda y a lo maravilloso de tener alguien en quien confiar en esos casos. Yo iba embarcado con mi hijo, el único “junior” que estaba autorizado a correr y él nunca había andado en barco por lo que de mareo no tenía antecedente alguno. Por motivos de asignación de camarotes, él estaba en otro distinto y el único instante que intenté avisarle que me iba a la enfermería a “disfrutar” del viaje hospitalizado, él dormía como un lirón. La angustia de ser responsable y velar por su bienestar en caso de que estuviera igual que yo y de no poder es atroz. Pero en cuanto uno de los corredores no mareado pasó a enfermería a saludarme y le dejé el encargo, asegurándome que se harían responsables, me reconfortó. No me queda más que agradecer sinceramente a Colipi y Brito, quienes demuestran

que más que ser todos un grupo de competidores, en el fondo somos una familia de corredores, y eso importa. Gracias.

Por gran fortuna, llegamos a Juan Fernández temprano el día viernes, permitiéndome reposar el espíritu y recuperar la vitalidad. Impacta lo bello, lo pequeño, lo abrupto, lo solitario.

Después de ese golpe emocional, bajas a tierra con todas las entretenciones de un viejo marinero: Escala empinadísima que se zarandea con las olas, botecito al que saltar, muelle al que llegas y te sujetas como puedes. Todo refuerza el destino exótico al que vas, otro mundo. Al poco andar descubres que la gente habla en "chileno", lo que de verdad resulta en una gran sorpresa. Y en poco rato ves que son muy amables, abiertos, sinceros, muchísimo más que cualquier continental. Y si te sientas un rato terminas pensando que estaremos haciendo mal en ese otro Chile. Si conversas hartos, unas vacaciones acá terminan siendo una buena terapia para el alma. Y de a poco vas conociendo que la gente es pausada, desesperante en un primer momento pero contagiante al final. Y de un orden especial, en donde las prioridades son más de fondo. Con ver el desfile del 21 de mayo saqué un ejemplo que hasta hoy me da para seguir analizando sin conclusiones finales. Los marinos por su parte cumplen un horario de ceremonia. Los escolares otro. Y los bomberos el suyo. Mientras unos están a punto de izar el pabellón (que deben posponer), los otros pasan marchando marcialmente con la banda a todo dar por la calle, mientras los terceros forman algo más lejano. Debido al tamañito del poblado, esto necesariamente ocurre a metros entre sí. Te plantea un ejercicio mental; De que es ser al lote o cuanto esfuerzo extra desperdiciamos por mantener la imagen frente a los demás. Todos ellos, marinos, escolares, bomberos hacían lo suyo impecablemente, lo único es que cada quien por su lado. Si al final el asunto es que a las 12:20 debe ser la ceremonia y es ahí cuando importa. En verdad que a las 12:20 lo hicieron bien en ese momento, ¿será que ellos saben vivir y dejar vivir?, ¿qué hacer lo tuyo y hacerlo bien es lo que importa?. En el desfile me reí en un primer momento, luego sentí orgullo y ahora remordimiento. Me queda por seguir pensando.

La carrera. Gracias por las fotos que han publicado otros equipos que llevaban cámaras portátiles. Sus relatos son una maravilla. Imágenes que dicen mil palabras y me dejan millones de recuerdos. La carrera resultó espectacular. Me impactó el turismo vertical, si es que puedo usar el nombre. No es que avances de un lado a otro de la isla. Primero subes, luego bajas, para subir y de nuevo bajar, para otra vez subir y bajar, y así hartas veces, con lo que gracias a la trigonometría vas avanzando un poco en la horizontal porque las paredes que transitas no son verticales. Debes haber tenido la precaución de usar el mapa para evitar las verticales absolutas, maravillosos acantilados que están por doquier, literalmente hablando. Todo lo conoces primero a vista de pájaro. Luego llegas a él y lo miras cara a cara. Y lo que arriba conociste de primera mano, luego lo tienes abajo a vista de gigante. Absolutamente todo tiene dos miradas forzadas por la geografía.

Y cada sitio, una postal en sí mismo. Me fascinaron esos bosques sin sotobosques, limpios incluso de ramas bajas y una tierra de hoja que tendría un espesor de milenios sin extraer furtivamente. Pasar a través de ellos premiaba la imaginación del más

idealista y justificaba por mucho el acortar camino saliéndose del sendero. También tener que espantar pescados con la mano para poder recoger una piedra en la etapa de buceo. Aun me acuerdo del costo personal de mirar abajo hacia el otro lado en “Sal Si Puedes”. Me apoyé en la baranda y de ver la nada que llegaba al mar en cientos de metros verticales me ablandó las piernas y recordó mi vértigo. Como nuestro sendero no era pan comido tampoco y se sumaba el barro de la lluvia y las malas zapatillas, bajé con miedo y su par de espectaculares costalazos. Al menos no pasé de largo varios metros hacia la quebrada como supe luego de un equipo que sacaron con cuerdas luego de su resbalón. Me pareció chistosa la respuesta que daba a varios gentiles y livianos corredores que en los pasos más complicados me decían “dale que yo te atrapo” conociendo que si eso pasaba, en base a mi tamaña humanidad, lo único que se podía esperar era una carambola en donde el pobre voluntario saliera despedido hasta el mar que esperaba abajo. Pero gracias por el gesto.

En resultados deportivos, nos fue mal. No hubo orientación, nada, ni un poquito. Y ese es mi fuerte. Y en el kayak, mi segunda mejor disciplina, no se dieron las cosas. Matías, mi hijo-partner de carreras, venía de sanar de una lesión al hombro producto del perverso futbol y remó nunca pudo entrenar. Su aporte a la potencia de remado fue discreta. Sumarle a esto unos kayaks lentos lentos y más mi peso que los hundía al nivel de que ya no juntábamos agua en el interior, sino que el mar pasaba de lado a lado como Pedro por su casa, quedamos en la parte baja de la tabla de posiciones pro y en la medianía de la general. Pero siempre dignos, no nos retiramos jamás. Ni las grandes olas, ni las fuertes corrientes, ni el viento que daba hipotermia, el barro o las fuertes pendientes nos pararon. Fue el perverso reloj que por unos minutos nos cortó el paso al mirador de Selkirk ya que había que respetar el horario destinado a la premiación. Y si de premiación hablamos, está fue la mejor de todas. Al fin pantalones largos para un bello deporte eclipsado por otros más populares. Nunca antes todos los corredores se quedaban a la premiación ni fueron tantos, ni venía todo el pueblo a participar tampoco, ni se había tenido escenario tan grande, luces, música, premios sorpresivos y una suerte de equipos premiados que aliñaran el evento. Entre los ganadores en diversas categorías teníamos equipos locales (isleños), también del personal del mismo buque Aquiles y gente de Levantemos Chile, posiciones conseguidas con sangre sudor y lágrimas, porque nadie les regaló nada. Aunque en esa premiación nosotros no estábamos en el podio, se sintió maravillosa ya que condensaba muchos logros. En honor a los amigos perdidos, esta fue la mejor de todas.

La parte de la isla que no se corrió la hicimos en nuestro último “día libre”. Ahí estábamos, después del desfile y de hacer nuestra donación a la isla (6 enormes cajas llenas de libros de inglés gracias a The Mackay School, donde estudia Matías), trekkeando de la bahía del Padre hacia el aeropuerto escuchando la casi filosófica pregunta que uno del grupo lanzaba al aire: “no les bastó con dos días de carrera haciéndonos pebre recorriendo la isla” y su posterior propia respuesta: “pues parece que no, ¡es que nos gusta esto!”

El paseo a pie desde Bahía del Padre hasta Bahía Cumberland es una maravilla, de los mejores de Chile. Llegamos en bote luego de una hora de recorrer la cara norte de la isla. Cara digo ya que no se recorre la costa porque no hay. Las fotos de los acantilados no es un spot

fotográfico sobreaprovechado de la isla, es la norma de su geografía. Como que este peñón salió del mar para permitir anidar aves equilibristas y dar una que otra roca donde asolearse cientos de lobos marinos. Cualquiera ser viviente que necesite algo de llanos en su vida, pues aquí está desubicado.

Se pasa de un muelle dentro de cono volcánico inundado por el mar al caerse un trozo de su pared a un terreno árido, desprovisto de vegetación, erosionado por el viento y las lluvias que rodea la zona del aeropuerto. Impacta el cabezal norte y sur de la pista. Se acaba el cemento y se acaba el mundo, sin gradualidades ni contemplaciones directo vertical al agua sus buenos cientos de metros abajo. Hay que tener cojones para aterrizar aquí. Miramos en silencio y cada quien con sus pensamientos la zona del accidente. No hay flores que lanzar, pero si sentimientos que decantar. Como que era parte necesaria del viaje.

De ahí, a marchar, que ya era tarde y el buque no espera. Más aun, queremos llegar al mirador de Selkirk con luz y sacar las fotos de rigor. Un gran cartel dice 4,5 km al mirador 11 km al poblado Juan Bautista, 5 horas de duración. No gastamos más de 5 segundos en pensar y decir, pues a nosotros 3 horas serán. Error de los errores, 4:51 nos demoramos. No solo porque en realidad son 18,4 kilómetros el recorrido completo +1,3 la subida desde de la bahía al aeropuerto, sino porque las vistas atrapan. El peor error habría sido forzarse a cumplir el itinerario de 3 hrs. Al igual que un plato delicioso, este trekking hay que paladearlo, darse la calma de mirar y mirar. Están los paisajes tan bien distribuidos y cambiantes que no se anticipan unos a otros. Un parque de diversiones, una disneylandia del trekking, todo cerca pero ni junto ni revuelto. Faltó llevar a un amigo botánico y a otro geógrafo para que terminara siendo una experiencia religiosa. El camino al principio no cansa, es ancho y poca pendiente, una rareza o bien proeza de los fabricantes. Del árido mundo del aeropuerto pasamos a laderas con pasto, llenas de conejos que corren a una velocidad pasmante. Vimos en eso al "monstruo" de Juan Fernández, ese que le dicen oso pero parece una nutria súper desarrollada negra con cola de gato y nariz alargada. Nos siguió unos kilómetros corriendo un poco más abajo en la quebrada, sin ningún miedo hasta que se aburrí. Pasamos luego a un mirador hacia el C° Yunque y los acantilados del sur, de ahí un sector que con la luz ya inclinada por la tarde era idealización de los Highlands escoceses, luego al verdor en Villagra y de ahí entrar al bosque, primero de nalcas y algunos árboles, para ser cada vez más frondoso hasta que en el empinado y duro ascenso al mirador toma ribetes tropicales.

Alcanzamos el mirador con dos minutos de luz sobrante, miramos y nos extasiamos. Bajamos con linternas para llegar al asado de despedida de los isleños, que obviamente era de pescado a la parrilla, para luego embarcar y partir, pero esta vez con el triple de dosis en el cuerpo de pastillas antimareo.

Supe por ahí que en la travesía se mostraron maravillosos videos, que todos compartieron gratos momentos y el jolgorio en la noche fue total. Pero cada quien a lo suyo, ahí estaba yo con mi mareo a las 5 am de nuevo en el puente esperando ver las luces de Valparaíso para aplacar mi ansiedad, al menos esta vez sin vomitar.

Rodrigo Venegas
Equipo Trëkëfün